

**ACTO DE GRADO - III PROMOCIÓN DE LICENCIADOS
EN TEOLOGÍA-UCAB 27 DE FEBRERO DE 2008
SALUDOS A LOS GRADUANDOS**

**P. Carlos Luis Suárez, S.C.J.
Decano Teología, ITER**

Apreciadas autoridades académicas, profesores, familiares, amigos, alumnos/as, queridos graduandos:

El acto que estamos celebrando sanciona formalmente un prolongado periodo de estudios, en el que cabe esperar hayan crecido *en sabiduría, en estatura y en gracia delante de Dios y de los hombres* (cf. Mt 2,52). Habrá sido así si hemos sabido, como alumnos, docentes y comunidades que les acompañan, todos como Academia, descubrir y transmitir que la Teología no es solo una comunicación de contenidos, sino una aproximación y exposición de la vida al misterio de Dios y a nuestra humanidad, a través del estudio, de la reflexión, del quehacer pastoral y de las realidades en los que nos movemos.

En este sentido, parafraseando lo que el Papa Benedicto XVI nos dice sobre el cristianismo en su última encíclica, *Salvados por la esperanza*, la Teología no ha debido ser un mensaje informativo, sino performativo. Es decir, *no solamente una comunicación de cosas que se pueden saber, sino una comunicación que comporta hechos y cambia la vida* (*Spe salvi*, n.2)¹. De esta manera, el teólogo se descubre llamado a una fascinante y laboriosa tarea que, de una parte, le exige atención permanente, estudio constante y sana inconformidad; de otra, le compromete con Dios, con su creación, con su proyecto de vida y convivencia, con los más pequeños y marginados, y así, con la transformación de este mundo. El teólogo, pues, no está llamado a ser un aislado elucubrador ensimismado en abstractas o piadosas consideraciones, sino un hombre, una mujer, de ojos abiertos, un contemplativo desde el hoy en que vive se deja sorprender por Dios, que se revela y se hace hombre en Jesús, y que por su Espíritu le invita, muy particularmente, a vivir la existencia, desde su formación y sus capacidades, como un precioso aporte al servicio de la Buena Nueva en la comunidad de fe que es la Iglesia y, más allá aún, en el encuentro con toda persona y realidad humana, donde aprende a reconocer el rostro de Dios (cf. Gn 33,19)

¹ Benedicto XVI, *Spe salvi*, n.2

Escribiendo a sus hermanos dominicos sobre el estudio, Timothy Radcliffe decía que *el teólogo debe ser un mendigo que sabe cómo recibir los dones gratuitos de Dios* (El manantial de la esperanza, el estudio y el anuncio de la Buena Nueva, 1995). Alguien, por lo tanto, que se sabe necesitado, limitado, frágil, pero al mismo tiempo lleno de esperanza y confianza de la mano de Aquel que lo sostiene, de quien aprehende al mismo tiempo su bondad, su fidelidad y su compasión.

En nuestra realidad venezolana, y en otros tantos lugares, les tocará vivir lo que son, simbolizado en el título que recibirán hoy, en muy diferentes ámbitos: en escuelas, en la ciudad, en barrios, en zonas campesinas, entre comunidades indígenas, en la Academia. Cualquiera que sea el contexto, vivan y profundicen la configuración teológica de sus mentes y de sus corazones, siendo hombres y mujeres de fe, de esperanza y de caridad, colaborando de manera decidida, entusiasta y creativa en la reconciliación profunda, como *expertos en comunión, tanto al interior de la Iglesia como de la sociedad*. (Aparecida, n 217)

En toda esta tarea les asistirá la Teología adquirida. Del mismo modo, lo que seguirán aprendiendo y viviendo les servirá como inspiración y estímulo para seguir haciendo Teología.

Para concluir este saludo, quiero recordar a un eminente teólogo y maestro de teólogos, al menos así lo creo. Se llamaba Job. Hizo de su vida una búsqueda radical y honesta de Dios. Habló, habló mucho. En ocasiones con sus amigos, pero en diálogos más bien cerrados; en otras, habló en monólogos desgarradores, con sentimiento y cuerpo heridos. Al final, sabemos de él que aprendió a hablar, pero también a callar. Descubrió, efectivamente, que Dios no lo quería mudo (cf. Jb 40,4-5), que era lo que pensó cuando le oyó decir: *¿Quién es ese que empaña mis designios con palabras sin sentido?* (Jb 38,1; 42,3). Bien al contrario, Dios lo quiso como interlocutor permanente:

Escúchame, que voy a hablar; voy a interrogarte y tú responderás (Jb 42,4)

¿No es acaso esta figura, la de quien se abre a la escucha y valora el silencio, la de quien se deja cuestionar y acepta responder, con toda honestidad, a Dios y a los demás desde la pequeñez y desde la marginalidad, un buen paradigma de teólogo?

Que nuestro buen Dios les dé la sabiduría para dialogar así, para hacer Teología así, de modo que sean – siempre más – teólogos según el corazón de Dios.

En nombre de nuestra Facultad, ¡muchas felicitaciones!